

NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
LOGAR

178



EDICIONES
BISTAGNE

75.

INE FREDERIK
RE WINDSOR
DORE VON ELTZ
BARBARA KENT

**IN DEFENSA
PROPIA**

Rosen, Phil



**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 178

Self Defense, 1933

DEFENSA PROPIA

Dramático asunto, interpretado por

PAULINE FREDERICK, BÁRBARA KENT,

ROBERT ELLIOT, CLAIRE WINDSOR,

THEODOR VON ELTZ, HENRY

WALTHALL, etc.

Es una exclusiva

BALART Y SIMÓ

Aragón, 249

BARCELONA

Postal-regalo: IRUSTA

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



DEFENSA PROPIA

Argumento de la película

Nona Devoux se educaba en un colegio aristocrático de la gran ciudad. Era muy joven y linda, y se hacía querer por sus compañeras y por cuantos la trataban.

Cierto día, yendo de excursión a caballo con unas amigas, salvó la vida a una de ellas, a quien se le había desbocado el animal y no acertaba a detenerlo. Impetuosa y energica frenó el caballo, evitando que su amiguita fuera derribada.

Se convirtió en la heroína de la jornada. Y sus compañeras al llegar al colegio le tributaron una gran ovación y las más íntimas la acompañaron hasta su cuarto, no cesando de alabar su coraje.

Observaron los retratos de una finca campesina que había colgados en la pared, y Nona explicó:

—Es una casa que mamá tiene en Colombia... Se llama "Norte Dorado".

—Bonito nombre...

—Mamá está encantada con ella... A mamá todos la adoran en aquella tierra.

—Debes estar orgullosa de ella.

—Es mi ideal. Sólo la he visto dos veces en mi vida. Me ha tenido siempre en la ciudad. Y temo desilusionarla cuando me vuelva a ver, porque mamá es algo anticuada.

Pero Nona Devoux se equivocaba del todo con respecto a las actividades de su mamá. La creía una gran propietaria que vivía de lo que daban los terrenos, y la realidad era distinta. Cierta que poseía aquella bonita casa rústica, "Norte Dorado", pero su principal riqueza estaba en que tal casa había sido convertida en salón de juego, en el garito más importante de la comarca.

De eso, del juego, había vivido siempre Ketty Devoux. Y aquel era el motivo por el que mantuvo alejada de allí a su hija Nona con una previsión maternal de que la jovencita no se enterrara de aquel género de vida.

Ketty tenía tres altos empleados en el negocio. Dan, Tim Reed y Paul. El primero era hombre de unos cuarenta años, enérgico y grave; Tim era joven y buen mozo, y Paul era el más insignificante de los tres, y con la debilidad de estar entregado a veces a los placeres de Baco. Los tres hombres, dentro de su oficio, eran honrados y acaso vivían en aquella casa de juego por desidia de dedicarse a una profesión mejor. Eran incapaces de cometer una felonía.

Aquella tarde en la sala de juego había gran expectación porque un forastero que llevaba al-

gunos días tan sólo instalado en la comarca, ganaba sin cesar. Sus dados parecían tener un embrujamiento, pues siempre le favorecían.

—¿Está Ketty en la oficina? —preguntó Dan a Tim, que rondaba por allí.

—Está ocupada escribiendo a la pequeña... Es su cumpleaños.

—Desde hace diez años oigo hablar de la niña. ¿Qué edad tiene?

—De diez y siete a diez y ocho años... Hace catorce que murió su padre.

Dan señaló al jugador afortunado.

—¿Quién es aquel que siempre gana, Tim?

—¿No le conoces? Bowman, Jeff Bowman. Ha llegado de Dawson hace una semana.

—Voy a jugar con él.

Se instaló en la mesa y pudo presenciar marrillado cómo por ocho veces seguidas el forastero se llevaba las ganancias.

—En mi vida lo había visto —murmuró, mientras lanzaba a Dowman una mirada de desconfianza—. Basta por hoy. En la caja se le pagará a usted.

—Bien. ¿No ha quebrado aún la banca? —indicó, malévolamente, el ganador.

—Necesita mucho más para quebrar la banca. Pero si quiere vuela esta noche y veremos.

—¿Por qué no? Aquí me tendrá luego.

Cuando se marchó, Tim, que había estado muy atento, preguntó a Dan:

—¿Examinaste los dados que usaba? Enséñamelos.

—Se los llevó. Eran suyos.

—Eran suyos, ¿eh? Me parece que nos hemos estado luciendo.

—¿Por qué?

—Los dados eran falsos. Tenían combinación.

—Pues hay que arreglarle las cuentas. Cuando esta noche vuelva...

—Antes debemos consultarlo a Ketty.

Dan y su amigo Tim Reed fueron al despachito donde Ketty, mujer otoñal, con una serena belleza aún, había terminado la carta para su hija.

—No queríamos molestarte...

—Ya terminé de escribir. Estaba pensando aquí sentada. ¿Qué ocurre?

—Pues un forastero... Jeff Bowman... ha tenido demasiada suerte.

—¿Bowman?... Le conozco... Trabaja siempre con una mujer.

—El mismo. Ella se llama Alicia y va muy enjovada.

—¿Jugaba con dados falsos?

—Eso intento averiguar esta noche.

—Eso me suena a pelea... ¿No hay manera de arreglarlo? ¿Qué dados usaba?

—Verdes, con puntos blancos.

En aquel momento les advirtieron que la comida estaba ya preparada, y hacia allí encamaron sus pasos.

Dan suplicó ardientemente a Ketty, de la que estaba enamorado:

—¿Cuándo vas a decidirte?

—Ya hablaremos de eso después de comer, Dan.

Llegaron al comedor. A poco entró Paul con su aire siempre un poco apagado.

—Paul, ¿cuándo dejarás ese feo vicio?

—Perdona, Ketty, pero es mi único vicio... Y hoy no he bebido aún.

—Pero te dura la de ayer.

—No, señor... Oye, Ketty: ¿no es hoy el cumpleaños de tu hija?

—Sí.

—Pues saca unas botellas y juega con nosotros... Nos las jugaremos a los dados. El que saque más alto, gana.

—Bueno, conforme.

Jugaron y Paul ganó, sacando siempre once.

—Parece que tus dados están muy bien educados, Paul.

—No son míos, Ketty. ¿Es que no sabéis? Aprovechando un momento de distracción, cuando se marchaba, se los quité a Bowman.

—¡A ver... a ver!...

Todos pudieron comprobar que eran falsos, que siempre tenían los mismos puntos...

Tim sonrió triunfalmente.

—Ahora supongo que no tendrá tanta suerte...

—Dámelos, Tim.

—No, Paul. Sentirías tentación de usarlos...

La doncella trajo una bandeja cubierta con fina servilleta.

—La cena está lista. ¡Hay sorpresas! —dijo Dan.

—Sorpresas? Apuesto que es lo de siempre: carne con cebollas.

—Cebollas, no. ¡Mira!

Y Ketty destapó la bandeja, apareciendo un sabroso pastel con diez y ocho velitas encendidas.

—En recuerdo del cumpleaños de mi hija.

—Magnífico!

—En recuerdo de mi Nona... ¡Ah! Toda la tarde estuve pensando lo que ella diría si se enterase de qué clase son mis negocios. Se avergonzaría de mí.

—¿Avergonzarse por haberte sacrificado por ella? —indicó Dan. —Oh, Ketty! No hay en el mundo una mujer como tú. Quisiera poder decirte todo lo que siento.

Tim sonrió.

—Detenlo, Ketty, o te hará la preguntita.

—Que he perdido el hábito de hablar con las mujeres, pero...

—Mira, Dan —dijo Ketty, bondadosamente—, algún día, cuando Nona esté casada, quizás arregle mi vida. Entonces acaso podamos hablar de eso. Esta tarde he decidido no estar más tiempo lejos de ella. Está terminando sus estudios y luego nos reuniremos. Paul me ha dicho que está conforme en marcharse, ¿no?

—Yo, en cualquier parte estoy bien...

—Y como tú, Dan, y tú, Tim, tenéis ya ciertos intereses en la casa, os la voy a dejar a los dos.

—Sin ti, yo no la quiero, Ketty.

—Ni yo tampoco. Dan tiene razón, y por lo que a mí me toca, siempre he soñado con irme a un rancho. En el pueblo donde nací.

—Pues entonces la venderé. Martín Tomás hace tiempo que la quiere comprar.

—Que las velas digan cuándo me contestarás. Y Dan, de un soplo, apagó cinco.

—¿Ves? ¿Cinco meses?

—¡Cinco años! —dijo ella, riendo.

La velada transcurrió agradablemente hasta que avisaron que había llegado Jim Bowman y que iba a comenzar de nuevo la partida de juego. Era preciso tomar precauciones... y vigilar.

* * *

Jeff Bowman perdió una y otra vez. Carente de

sus dados falsos, la suerte le había abandonado por entero.

Ketty observó las trámutaciones de aquel rostro antipático.

—Perdiste, ¿eh?

—Creo que ya sé por qué. Y sospecho que tú o los tuyos hicieron algo cuando jugamos esta tarde. Eres muy lista.



... tuvo que aplacar su cólera.

—Bastante más que tú.

—Puede que sí y puede que no. Dame los dados que me quitaste.

Pretendió amenazar a Ketty, pero ella le sujetó con energía, y Dowman tuvo que aplacar su cólera.

Pero entonces se fijó Dowman en que Ketty

había dejado una carta encima de la mesa y, curioso, leyó el sobre:

Señorita Nona Devoux

Colegio de señoritas

Redwood.

Una sonrisa maligna crispó sus facciones. ¡Ah, conocía aquella historia! Retuvo en su mente aquella dirección porque acababa de concebir con la rapidez del rayo un proyecto siniestro.

Cambiando de expresión y como si ya viniera en son de paz, murmuró:

—Oye, Ketty, deseo que olvidemos eso y seas buenos amigos.

Ella, que no quería pendencias, le replicó:

—La gente de aquí es buena, Bowman. No quiero que los eches a perder. Te aconsejo que te marches...

—Pareces la dueña del pueblo, distribuyendo la gente a tu capricho.

—Eso no te importa... Yo también te digo que no te quiero ver más por aquí, ¿entiendes? —dijo Tim, que había presenciado la discusión.

—Ya sé, ya sé... pero quizás os arrepintáis todos.

Y marchó enfurecido con terribles propósitos de venganza.

Jeff Dowman no vivía lejos de allí, en cierta casita sencilla, en compañía de su amiga Alicia, muchacha casquivana que en su descenso había ido a parar en amante de quel aventurero.

—¿Cómo te ha ido? ¿Les desbancaste? —le preguntó Alicia.

—Algo mejor. He descubierto un medio de vengarme de Ketty, echándola de aquí.

—¿Y qué ventajas tienes?

—El negocio del Dorado produce muchos mi-

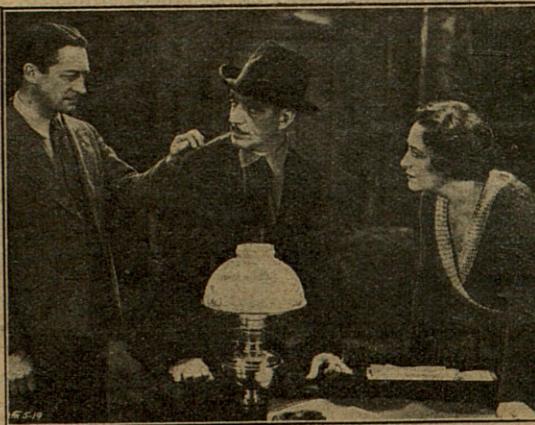
les de dólares al año, lo que necesitamos. Yo tengo un plan. Sustituir a esa señora y ganarme estupendamente la vida.

—Muy peligroso. Dudo que Ketty se marche.

—Vas a ver.

Y sacóse del bolsillo la copia de un telegrama que acababa de expedir.

—Lee.



—... no te quiero ver más por aquí...

Señorita Nona Devoux.—Colegio Redwood.—Su madre muy grave. Venga inmediatamente.

—¿Comprendes? Cuando se entere de que Nona viene, se marchará.

Ella, que no veía muy clara la situación, murmuró con desgana:

—Haz lo que quieras, pero a mí no me mezcles en eso.

—Me amenazó con echarme y yo quiero que salga primero.

—Yo me marcharé también. Esa vida me abruma. Me iré a San Francisco.

—¿Te has cansado de mí?

—A veces me hago esa pregunta y pienso que sí.

—Pues te voy a echar...

—A mí no me echas... Me voy yo a San Francisco y cuando seas el dueño del "Dorado Oeste" me envías una postal con la firma de la casa. Pero antes dame mi parte de ganancias.

—No tengo nada. Me hicieron una treta y lo perdí.

—Vamos, vamos. Dame la mitad de lo ganado y los cuatrocientos dólares que te presté.

—Estoy limpio.

—A pesar de tus dados?

—Te digo que lo perdí todo.

—Esto ya es el colmo. Mientras fuiste un embaucador, incluso un ladrón y un trámposo, estuve a tu lado, pero desde el momento en que te dedicas a traicionar mujeres, te dejo solo. Aunque soy una mujer, no me dejaré engañar. ¡Venga!

Se arrojó contra él y esgrimiendo un revólver de nácar quiso matarle. Pero Bowman consiguió desviar la trayectoria y el disparo fúe a incrustarse en la pared.

Lucharon implacablemente hasta que el hombre consiguió arrebatarle el arma... Alicia corrió a ocultarse en su cuarto, temerosa de la venganza de su compañero. Pero éste se limitó a sonreír fríamente. ¡Ah, imbécil! ¿Es que olvidaba quién era él? ¿Es que olvidaba que nadie se rebelaba contra su voluntad? No, sería sólo

Ketty la que sufriese las consecuencias de su orgullo, también Alicia habría de sentir la implacable cólera de él. Y no pasaría mucho tiempo.

* * *

Aquella misma noche se realizó un robo en el bar del establecimiento "El Dorado Oeste". Su autor había sido Jeff Bowman, que pretendía hacerse con el dinero de la caja. Pero fracasó al ser sorprendido por la presencia de Paul, contra quien él disparó un tiro, hiriéndole en un brazo.

El ruido del disparo atrajo la atención general, y Jeff consideró más acertado marcharse.

Por fortuna para él, nadie le había visto y ni Paul había podido reconocerle.

Ketty, Dan y Tim atendieron solicitamente al herido, que no tenía nada más que un rasguño. Despues vieron con agrado que la caja permanecía intacta. El golpe había fallado.

En sus averiguaciones descubrieron un brazalete y un revólver de plata y nácar, y Betty afirmó, convencida:

—¿No tendrá Jeff algo que ver con ello? No pertenecerá todo eso a Alicia?

—Yo averiguaré todo eso—dijo Tim—. No os preocupéis.

Y horas después se dirigió con varios amigos a casa de Jeff Dowman, encontrando a éste muy tranquilo.

—Anoche hubo un intento de robo en casa de Betty. Y se encontró esto. ¿Lo conoce usted?

Y le mostró el brazalete y el revólver.

Sonriendo, con una sonrisa brutal, contestó:

—¡Ya lo creo! Pertenece a Alicia.

—Debo interrogarla. ¿Dónde está?

—Amigo, llegó usted tarde. Se marchó río arriba. Cuando volví del "Dorado" y supo que estaba arruinado, empaquetó sus cosas y se fué.

—Esta arma ha sido disparada dos veces y nosotros sólo oímos un tiro.

—Si mira usted a la pared, verá que hay un



... atendieron solicitamente al herido.

agujero. Al querer detenerla, me disparó un tiro.

—¿Por qué no la detuve?

—No sabía sus intenciones. El dinero que perdí era suyo y estaba frenética.

Tim se volvió hacia Dan y sus amigos.

—Lo mejor será mandar algunos hombres en busca de Alicia y que la traigan aquí. ¿No te

parece, Tex?—le dijo a uno de los vecinos más importantes.

—Sí, sí—respondió éste—. Y, además, como el comisario del distrito está fuera, debemos formar un comité del pueblo hasta que se nombre sustituto. ¿De acuerdo?

Decidieron nombrar juez a Sandy Mackendie, importante propietario, un hombre de implacable energía, que no dejaría escapar su presa. Y se dieron órdenes para la inmediata detención de Alicia.

En cuanto a Jeff Dowman, como no había contra él, por el momento, ninguna sospecha directa, no se le detuvo. Pero sobre su persona flotaba la amenaza de Ketty, que le había ordenado abandonar el lugar. Dowman no estaba dispuesto a hacerle caso, aunque debía tener cuidado, pues Ketty era mujer decidida, de las que no retrocedían en su propósito.

* * *

Aquella tarde se recibió un telegrama para Ketty. Ella, alarmada, sospechando si su hija estaría enferma, lo abrió. Decía así:

A bordo Prince Rupert.—Llego fecha día 22. Abrazos.—Nona.

Parpadeó asombrada.

—No puedo comprender. Ese viaje...

—Es extraño—indicó Tim—. Debió escribirte una carta... Fecha 22. Pero si es hoy. Esta noche estará aquí.

—La iré a encontrar y me la llevaré lejos de aquí.

—No adelantarás nada. Ella querrá conocer esto... Si le sales al encuentro y la haces regresar, pudiera ser que sospechase. Lo mejor que puedes hacer es ir a recibirla y procurar llegar

lo más tarde posible, a fin de que nosotros busquemos una solución.

—¡Conforme!—dijo Tim—. Estoy dispuesto. ¿Cómo es la muchacha?

Inquieta, Ketty le entregó un retrato de cuando Nona era una niña de pocos meses.

—Con estas señas no es fácil conocerla—dijo riendo.

—¿Qué estoy haciendo? Aquí hay otro de hace tres años.

—Eso ya es distinto. ¡Bonita mujer!

—Vete. Tienes 80 millas de camino y tarda en volver todo lo que puedes.

Y Tim salió en dirección al puerto cercano, mientras Ketty daba órdenes para que inmediatamente fuera transformado el “Dorado Oeste”, ocultando las mesas de juego y convirtiéndolo en una casa decente, a fin de que Nona no pudiera sospechar nunca el objeto a que hasta entonces había sido dedicado.

Cuando Tim, al cabo de una larga jornada, llegó al puerto, se encontró con Alicia, que iba a embarcar en el “Prince Rupert”, que acababa de llegar.

—¿Adónde va usted?—le dijo enérgicamente.

—¿Le interesa saberlo?

—Sí. ¿No sabe que la buscan en Roaring Pine?

—¿Y por qué motivo?

—Porque se fué muy aprisa y dejó el arma y el brazalete.

—¿Y eso qué?

—Pues que los encontraron en casa de Ketty la noche del robo.

—No comprendo nada. Dejé el arma en casa

de Bowman... Y el brazalete también... ¿Qué le ha pasado a Ketty?

—¿A qué hora marchó usted del pueblo?

—Antes de las once. Tomé el auto de Harvey Joves. Pregúntelo al garage.

—Ahora mismo.

Fué a preguntar aquel dato importante, y el chofer aseguró que la señorita había salido del pueblo a las once de la noche. Y como el robo se había cometido a las doce, quedaba comprobada la irresponsabilidad de Alicia.

—¡Está usted libre!—le dijo a Alicia—. Y perdóne.

—El canalla de Bowman ha querido cargararme la culpa.

—No se preocupe de él. Ya me encargaré yo.

Con aquella conversación se había ido pasando el tiempo y vió que ya todo el pasaje había abandonado el vapor. Preguntó, nervioso, a un oficial:

—¿Traían una pasajera llamada Nona Devoux?

—Sí, señor. Fué la primera en salir. Dijo que iba hacia Roering Pine.

Desgustado, Tim montó de nuevo en su rápido automóvil y tomó el camino indicado.

Su potente motor pronto alcanzó el desvinculado automóvil que conducía Jones, encargado de los servicios de transporte de aquella comarca.

Paró secamente junto a aquel coche, obligando al otro a detenerse también con tanta rapidez que sufrió algunos desperfectos.

Nona contempló con acritud al recién venido.

—¡La culpa es mía!—se excusó Tim—. Venía a buscarla para llevarla al pueblo.

—Gracias, pero...

Jones, furioso, levantó la capota, y Tim deslizó entre sus manos un billete.

—Amigo Jones, me parece que tardará mucho en arreglar eso.

Jones comprendió y confesó que la avería no tenía, por el momento, solución... Y Nona tuvo que aceptar un puesto en el coche de Tim, cuya amabilidad y sonrisa dominadora le habían puesto en guardia.

—¡Dese prisa!—le suplicó—. Mamá está enferma. Vengo desde lejos para verla.

—Lo sentiría si estuviera enferma, pero yo la dejé perfectamente bien.

—No puede ser. Recibí un telegrama diciéndome que estaba en cama, muy grave.

—Sí, tuvo un constipado... algo de bronquitis—dijo para disimular—. Probablemente alguno de sus amigos se asustó y la mandó a buscar, pero en este momento se encuentra rebosante de salud. ¿Tiene usted el telegrama que le enviaron?

—Mírello.

Tim sospechó que todo aquello fuese obra de Dowman. Habría de estar en guardia.

Explicó a Nona que él, Tim, era el hombre de confianza de su mamá.

—¿Y cómo pudo reconocerme?

—Por este retrato.

Le entregó por equivocación el de cuando era niña y los dos rieron aquella torpeza.

La charla se hizo más amable, y Tim la encontraba de perlas. Como convenía retrasar todo lo posible la llegada, de pronto Tim detuvo el coche, y simuló una grave avería.

—No sé si podré arreglar eso. Gracias a que

hay una casa cerca. Tendremos que hacer noche en ella.

—Vea de arreglarlo. Yo preguntaré si tienen coche.

La perspectiva de quedarse allí toda la noche no agradaba a Nona, que fué a hablar con el dueño de la casa, que era precisamente Jones y que se brindó a acompañarle en su carricoche de dos escuálidos caballos.

—¡Podemos marchar! —dijo Nona, volviendo al lado de Tim—. El señor Jones nos llevará a Roaring Pine.

—Estamos lejos aún—suplicó Tim—. Será mejor quedarse.

—Quédese usted, si quiere. Yo me voy.

—Con ese cacharro no llegaremos nunca. Es mejor esperar.

—Hoy que marchar de todos modos. Me muero de impaciencia.

Y a pesar de los ruegos de Tim, tuvieron que subir al carroaje. Por fortuna los caballos eran lentos, viejos, y no tenían trazas de llegar nunca.

Tim ordenó a Jones que diera descanso a las caballerías y así estuvieron varias horas parados en medio del campo, Nona, rendida también, durmió largamente en los brazos de Tim, que se sentía feliz al sentir el peso y el perfume suave de la joven.

De pronto pasó un camión con muebles, guiado por Dan. Este reconoció a Tim y sonriente continuó la marcha.

Despertó a poco la muchacha y continuaron el camino.

Y así horas y horas en una conversación cada vez más cordial, más íntima, conversación juve-

nil, peligrosa siempre de encontrarse con el amor.

Por fin llegaron al pueblo y ella suspiró:

—Parece que hace un siglo que desembarqué.

—No hace más que veinticuatro horas. ¿Le pesa mi compañía?

—No quise decir eso. Usted ha sido muy atento conmigo. Sufro por mamá.

Ante la puerta del "Dorado Oeste", de la que había desaparecido todo vestigio que recordase la industria del juego, se hallaban Ketty, Dan, que había ido a buscar el mobiliario, Paul y varios criados.

—¡Mamá! ¡Mamá!

La joven estrechó fuertemente entre sus brazos a su madre.

—¡Nona! ¡Qué bonita estás!

—¡Oh, mamá! Me escribieron que estabas enferma.

—Pues te engañaron. ¡Pero bendito engaño, que hizo que te reunieras conmigo!

—¡Qué bello lugar! Es encantador, mamá.

—Contigo lo será más. Pero déjame que te presente.

Presentó a sus empleados, y a varios vecinos del lugar, todos los cuales se habían juramentado para no decir nunca a Nona la antigua industria que allí había existido.

—Ahora, querida, te voy a enseñar tu habitación. Debes estar muy cansada.

—Gracias, gracias. Es la bienvenida más amable que he conocido.

Desaparecieron madre e hija, y Tim habló entonces con Dan:

—Creo conocer al autor del telegrama. Es Jeff Bowman.

—No me extraña.

—Voy a visitarlo antes de que se marche.

—Mucho cuidado.

—Sé con quien he de tratar. No temas.

* * *

Jim sorprendió a Jeff Bowman a solas jugando con unos dados verdes que ocultó en la mano cuando le vió entrar.

Aparentemente muy tranquilo, dijo a Tim:

—He oído decir que "Dorado Oeste" va a cerrar. ¿Qué ha pasado?

—Suponía que ya lo sabía. Alguien pretendió echar a Ketty llamando a su hija.

—¿Quién habrá sido?

La mirada de Tim fué implacable.

—El mismo que robó la caja e hirió a Paul.

—¿Se refiere usted a Alicia?

—Según ella dice, parece que no. La hablé al embarcar.

Dowman palideció un poco. Tim prosiguió:

—Alicia le acusa a usted de haber puesto el brazalete y el revólver en casa de Ketty.

—¡Ah! Conque esas tenemos, ¿eh? ¿Conque se atreve ella a acusarme?

—Oiga, Bowman—dijo Tim con la mano en el bolsillo, empuñando una pistola por temor a una posible agresión del miserable—: tengo entendido que el asalto y robo se condena con veinte años de presidio, máxime habiendo corrido la sangre. El delito no está muy lejos de la horca.

—Las acusaciones de una mujer como Alicia no cuentan. Ella es la culpable—contestó, sin perder la serenidad—. ¿Vino con usted?

—No hizo falta. Ella salió del pueblo a las once, o sea antes de cometerse el robo.

—Jones, el conductor, la protege, ¿eh? Es fácil para ella encontrar protectores que mientan a su capricho.

—Puede ser; pero hay otras circunstancias muy significativas. Había unos dados verdes en el cajón que desaparecieron desde la noche del robo y que yo había dejado allí. Enséñeme los dados con que estaba jugando.

—Los dados no prueban nada.

—Según qué dados. Los dados a que me refiero son verdes con puntos blancos. Déjeme verlos.

Pálido de ira, tuvo que acceder a la imposición. Eran, en efecto, verdes.

—No serán éstos los únicos que hay en el Canadá, Tim.

—Eso no le importa. Si no son esos, le doy hasta el anochecer para que se largue... Pero si lo son... Bueno, tírelos.

—Y si no quiero?

—No hay elección... o los tira o viene conmigo.

Viéndose perdido los tiró sobre la mesa. Dieron seis y cinco...

—Once — comentó, sonriente, Tim—. Tírelos otra vez.

Obedeció a regañadientes y de nuevo las fichas marcaron seis y cinco.

—Eso no prueba nada. Casualidad... — murmuró.

—Vuelva a tirar. Será la prueba definitiva de que son falsos...

Ambos hombres se miraron con sorda rabia. Bowman se vió perdido. Antes de tirarlos empuñó una pistola para disparar contra Tim, pero éste, rápidamente, sin sacar siquiera la mano del

bolsillo, le disparó un tiro y el miserable vino a caer muerto, de bruces, sobre la mesa.

Le contempló Tim unos instantes, guardó los dados en el bolsillo y luego regresó al "Dorado Oeste", sin remordimiento alguno por haber terminado con la vida de aquel malvado.

Nona, que había ido a recorrer parte de la propiedad, le dijo:

—¿Dónde estaba metido?

—Despachando un pequeño asunto.

—Sabe que tiene un agujero en la chaqueta. ¿Quién se la cose? Démela mañana. Yo se la arreglaré. Ya le he perdonado el tiempo que me hizo invertir en el viaje... Es usted un excelente compañero... Bueno, voy a vestirme para cenar.

Cuando ella desapareció, Dan, que había asistido a la entrevista y que notaba algo grave en la actitud de Tim, le preguntó:

—¿Qué? ¿Se marchó ya Bowman del pueblo?

—Para siempre.

Una mirada de angustia se reflejó en el rostro de Dan, que contempló el bolsillo de la chaqueta de su amigo, chamuscada por un fogonazo.

—En tu lugar yo limpiaría la pistola y tiraría la chaqueta.

—Quiero conservarla.

—Te costará el pescuezo.

—Tengo mis razones especiales para ello... Bowman robó el arma y el brazalete y traicionó a Alicia. Jones la sacó del pueblo antes de las once... Yo sorprendí a Bowman jugando con estos dados.

Y mostró unos dados verdes.

—Le obligué a jugar e inesperadamente sacó el revólver.

—¡Ah, ya comprendo! La chaqueta de la que no pudiste sacar el revólver probará que mataste en defensa propia.

—Es una razón.

Avisaron que la cena estaba ya. Cenaron todos tranquilamente. Aun el mismo Tim parecía haber dejado de lado sus preocupaciones. Junto a Nona, bonita y cordial, experimentaba un gran bienestar.

Después, mientras Tim y Nona se fueron a la terraza, Ketty habló de sus proyectos.

Había venido ya la finca a Martín por el importe de 50.000 dólares. Y ella, Ketty, en compañía de su hija, marcharía hacia la ciudad. Sus empleados, sus colaboradores, podrían quedar en la casa de juego, pero bien sabía ella que estaban decididos a cambiar de vida.

Dan así lo aseguró. Y volvió a insinuar su gran amor que ella escuchó complacida y admirada de aquella veneración. También Dan se iría a la ciudad.

De pronto entraron unos hombres al frente de los cuales iba el comisario del distrito. Preguntaron por Tim y le dijeron un poco cohibidos y nerviosos:

—Tim, queríamos hablarte de un asunto.

El comprendió y ocultando su emoción se dejó conducir, sin que Nona comprendiera nada de lo que ocurría. Pero Ketty sospechó algo terrible.

Y preguntó a Dan.

—No te aflijas. Ya te explicaré luego—le contestó Dan.

Y Tim desapareció con la melancolía de tener que separarse de Nona, a la que comenzaba a querer.

* * *

En aquella tierra los juicios eran sumarísimos, de una rapidez escalofriante.

Todo el mundo supo pronto que Tim iba a ser juzgado dentro de unas horas. Todo el mundo... menos Nona, a la que se había ocultado aquél terrible acontecimiento.

Pero la indiscreción de un criado chino dió al traste con aquél secreto.

Como al día siguiente volviese a casa después de un corto paseo y no viese a nadie, preguntó extrañada dónde se encontraban, y el criado chino habló.

—Están en el juicio del señor Tim.

—¿El juicio?

—Sí. ¿No sabe? Le juzgan por asesinato de Bowman... un hombre malo.

—¿Dónde lo juzgan? Quiero ir allá inmediatamente.

En poco tiempo arreglaron un coche y marcharon hacia la comisaría.

Allí había comenzado el juicio sumarísimo contra Tim, al que se acusaba de haber dado muerte a Bowman en circunstancias misteriosas.

Allí estaban Ketty, Dan y todos sus amigos, deseosos de la inmediata libertad de su compañero, libertad que significaría que Nona ignorase todos aquellos amargos trances.

Se había constituido el tribunal popular, formado por hombres del pueblo.

El que hacía de fiscal llevaba la voz cantante:

—Está probado por cinco testigos. Todos declaran que entre Bowman y el acusado existían rencores, por usar el primero dados falsos.

Hizo una pausa y continuó:

—Ese fué el motivo. Ahora escuchen. El vecino Ewing y su esposa vieron al acusado pasar frente a su casa. Oyeron un disparo y poco después vieron que Tim abandonaba la casa. Al entrar Ewing, Jim Bowman estaba muerto. Y esta es la bala que lo mató y este el revólver que pertenece al acusado. El mató a Bowman. Al entrar en la cabaña llevaba ya este propósito. Ahora, decidid vosotros, señores del Jurado. Yo he cumplido mi obligación. Y me retiro.

Todos habían escuchado atentamente. Ketty y todos sus amigos estaban seguros de que Tim había obrado en legítima defensa. Y aguardaban con ansia que éste se defendiera.

El presidente habló a continuación.

—Tim... ha oido los cargos que se le imputan. Si algo tiene que oponer, es el momento de decirlo. Le concedo el tiempo necesario.

Tim, tranquilo y sereno, habló:

—Lo que han dicho los testigos es verdad. Yo, que nunca he mentido, no quiero mentir ahora... Yo maté a Jeff Bowman. Pero cuando entré en su cabaña no llevaba intención de hacerlo.

En aquel momento vió Tim que Nona entraía en la habitación. Y rápidamente pensó que si él seguía hablando, habría de explicar los asuntos del juego y Nona se enteraría de que su madre había tenido un garito. Y un deseo de que ella ignorara siempre la lucrativa profesión que había tenido su madre, le hizo enmudecer, prefiriendo el propio sacrificio a que Nona pudiera averiguar la verdad.

—¿Cómo? ¿No sigue usted hablando?

Contestó con frialdad, mientras sus ojos recogían la mirada de Nona, en la que había amor.

—Nada tengo que añadir.

Aquella manifestación perjudicó al procesado en el ánimo del Tribunal, y el presidente se dirigió a los jurados:

—Oísteis la acusación, señores del jurado. El procesado no tiene la obligación de defenderse. Si creéis que el procesado mató en defensa propia, no le encontraréis culpable. Y ahora desalojad la sala y dictaminad.

Se levantó momentáneamente la sesión y Nona se acercó a Tim para infundirle ánimos.

—No tema, Tim. Estoy segura de que mató usted en defensa propia. Le declararán inocente.

—Gracias, Nona. Le agradezco mucho sus palabras.

Mientras tanto, Ketty, temerosa de que pudieran condenar a aquel buen amigo, fué a hablar con el presidente, que se había retirado a su despacho.

—¿Qué le parece? ¿Le absolverán?

—Nada puedo anticiparle. El asunto va mal. Y él no se defiende. ¿Por qué razón?

Ketty al cabo de unos momentos, habló:

—Porque estaba Nona en la sala. Sí, no hay duda. No ha querido dar determinados detalles que pudieran envolverme en el asunto. Es un alma tan noble, tan leal...

—Pues el caso es muy grave, Ketty. Su vida depende del Jurado. Si lo declaran culpable, lo ahorcarán.

—¡No es posible! ¡No es posible! ¿Usted sabe lo que ocurrió?

Y explicó brevemente lo que Dan le había contado.

.... aquellos dados fueron la prueba final. El le obligó a tirarlos tres veces. Al verse descubierto intentó matarle. Tim tuvo que disparar

en defensa propia y tan rápido que lo hizo con la mano dentro del bolsillo.

—Será muy difícil salvarle, Ketty. ¿Cómo probar ante el Jurado lo que usted dice?

—Pero no me cree usted?

—Yo la creo... mas quien ha de creerla es el Jurado.

Poco después se reanudó la sesión entre la expectación general. El presidente del Jurado dijo el veredicto. Por ocho votos contra cuatro le declaraban culpable.

Ketty y Nona se echaron a llorar, mientras una ráfaga de emoción pasaba por la mayoría de los presentes. Tim había permanecido impácto. El presidente, convencido de su inocencia, intentó una prueba suprema.

—Señores del Jurado, no ha habido unanimidad entre ustedes y es preciso buscarla. Una vida es respetable y a todo el mundo debe concederse oportunidad de defenderla. Así, pues, considero que debe otorgarse al acusado medios para salvarla. Ya sea por medio de cartas o dados. ¿Están ustedes conformes?

En aquel país, donde el juego de dados era algo sagrado, no pareció descabellada la proposición.

—Busquemos unos dados.

Los individuos del Jurado le ofrecieron sus dados, cada uno llevaba su par, pero el presidente los rechazó.

—No creo correcto aceptar los que ofrece el Jurado y rechazar los del público.

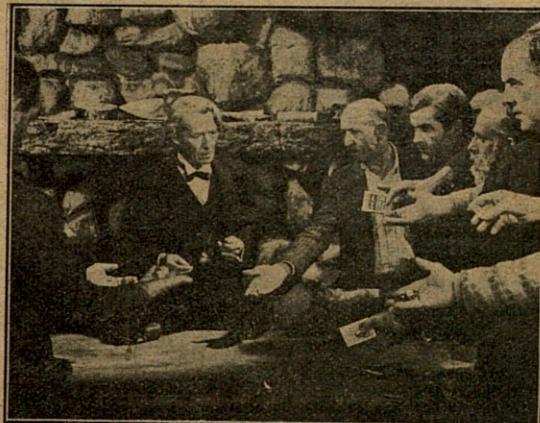
Todos los del público le ofrecieron sus dados. El presidente fué mirándolos todos hasta que de pronto vió que uno de los vecinos tenía unos dados verdes y los cogió.

—El acusado los tirará—dijo muy gravemente—. Si juega limpio, será declarado culpable y por lo tanto ahorcado... Y si juega en falso será puesto en libertad. ¿Aceptado?

Tim le miró sin comprender bien.

—Es decir, que si saco un número falso, soy libre de lo contrario...

—Eso es.



... le ofrecieron sus dados...

—Pues venga.

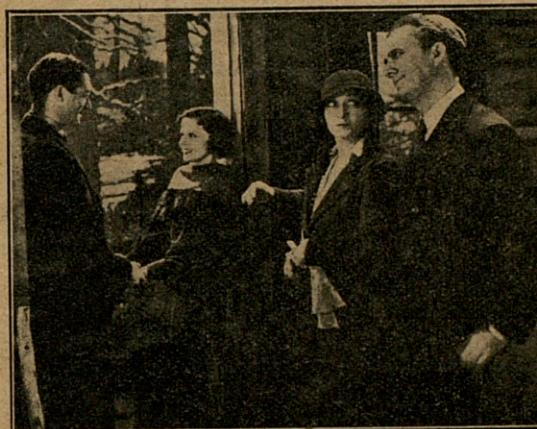
En medio de un silencio mortal Tim tiró los dados.

Los tiró por tres veces y siempre dió el número once, lo que demostraba que los dados eran ilegales. Y cumpliendo lo pactado, entre los aplausos de todos, fué puesto inmediatamente en libertad.

Ketty, emocionada, corrió a dar las gracias al presidente, y le dijo:

—Ha sido usted muy audaz. Ha expuesto usted la vida de un hombre.

—Yo creí en sus palabras y busqué unos dados verdes. Una vez los tuve en mi poder los cambié disimuladamente por los que con cautela había yo sacado del bolsillo de Tim. A ser ver-



—En la capital será cumplida.

dad lo que usted me dijo, los dados marcarían siempre números falsos. Y por eso me expuse, y por haber dicho usted la verdad ha salvado la vida de Tim.

Todos salieron, felicitando a Tim, que sonreía, contento de su suerte.

Nona y Tim marcharon juntos, balbuceando

el palabro de emoción junto a aquella mujer a la que amaba ya, y con la que pensaba casarse. Les seguiría a la capital. Irián lejos de esta tierra donde había recuerdos de un vivir no demasiado honrado.

Dan, junto a Ketty, le dijo:

—¿Y la promesa de las velas, Ketty?

—En la capital será cumplida.

Y le apretó la diestra con la alegría de un amor que quiere su próximo triunfo.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.—Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Imprenta Industrial — Arlau, 133 — Teléfono 76307

Acaban de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica, con éxito sin precedentes:

Rasputin y la Zarina

por John Barrymore, Ethel Barrymore

Susana tiene un secreto

por Rosita Díaz Gimeno, Ricardo Nuñez

20.000 años en Sing-Sing

por Spencer Tracy, Bette Davis, etc.

Huérfanos en Budapest

por Loretta Young, Gene Raymond, etc.

¿Milagro?

por Dorotea Wieck, Hertha Thiele, etc.

Vivamos hoy

por Joan Crawford, Gary Cooper, etc.

Odio

por María F. Ladrón de Guevara, etc.

Los crímenes del museo

por Lionel Atwill, Fay Wray, etc.

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

**RECUERDE ESTOS
TÍTULOS Y PÍDALOS :**

Ediciones Especiales

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.

Precio: 1 peseta

Éxitos Cinematográficos

de gran aceptación.

Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección de films seleccionados.

Precio: 50 céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 80 céntimos.

Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan a los muchachos y a los amantes de argumentos de emoción.

Precio: 15 céntimos.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
